

LAS HUMANIDADES EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL S. XXI

Juan Jesús Álvarez Álvarez

Profesor Titular de la Universidad Francisco de Vitoria

j.alvarez.prof@ufv.es

1. Una idea de educación y de hombre:

Todo proyecto educativo depende radicalmente de lo que se entienda por educación. Ciertamente, no siempre se presentan explícitamente esta dependencia y la concepción educativa sobre la que se asienta un determinado proyecto, pero eso no impide que así sea.

En el sentido amplio en el que ahora la consideramos, para nosotros educación significa desarrollo pleno de las potencialidades humanas, cultivo de la naturaleza para que el individuo pueda remontar las cumbres del espíritu, de la cultura y de lo personal a las que está llamado como hombre. *“El objeto de la educación, ha dicho Jacques Maritain en este sentido, es guiar al hombre en el desenvolvimiento dinámico a lo largo del cual va formándose en cuanto persona humana –provista de las armas del conocimiento, de la fortaleza del juicio y de las virtudes morales-, mientras que al mismo tiempo va enriqueciéndose con la herencia espiritual de la nación y de la civilización a la que pertenece”*¹.

La educación está, por tanto, al servicio de la persona humana y de su pleno desenvolvimiento. De aquí podemos deducir que un proyecto educativo tiene, pues, un segundo presupuesto: se apoya sobre una determinada idea de hombre, sobre una filosofía del hombre y de la vida humana. De hecho, lo quiera o no, el profesor tiene siempre el pre-juicio de que existe algo que se puede denominar naturaleza o condición humana, que es, a la vez, punto de partida del proceso educativo, marco en el que este se lleva a cabo, y también, de algún modo, la dirección hacia la que apunta y se desarrolla en una especie de “despliegue” personal siempre inacabado.

Esa naturaleza, tal como aquí la concebimos, es la naturaleza de un ser personal, que sólo puede desarrollar plenamente sus capacidades en clave de vida social, capaz de poseerse a sí mismo por su inteligencia y por su voluntad, y que, al menos de forma intuitiva y experiencial, sabe que sólo una vida con sentido, una vida cimentada sobre la

¹ MARITAIN, J. *Pour une philosophie de l'éducation*, en *Oeuvres complètes de Jacques et Raïssa Maritain*, Vol. VII, Études Universitaires, Fribourg, 1988, pág. 779.

verdad y el bien puede, quizás, alcanzarle en alguna medida la felicidad que ansía y que, sin embargo, por sí mismo no acierta a darse; un ser, en definitiva, con aspiraciones que trascienden misteriosamente su propia naturaleza humana y que orienta su existencia, de acuerdo con su condición personal, hacia la búsqueda de un sentido último de carácter trascendente.

Viktor Frankl ha dicho, a este respecto que *“la educación debería impulsar en el joven el proceso de búsqueda de sentido. En efecto, la tarea de la educación no debe consistir únicamente en transmitir conocimientos (o habilidades), sino también en afinar la conciencia del joven a fin de hacerlo suficientemente sensible para percibir las posibilidades de sentido y las exigencias de cada situación concreta (...) Pero la educación misma no puede dar sentido. En realidad, el sentido no puede ser dado en absoluto, pues ha de ser hallado. No cabe <prescribir> un sentido. No se trata de eso, además de ser imposible, tampoco es esa su finalidad y función. En principio, bastaría ya con que se dejara de bloquear el proceso de búsqueda de sentido (...) Sería bueno que los pedagogos cesaran de airear una imagen del hombre que mina en los jóvenes la normal orientación al sentido, todo su entusiasmo (...) Pues cuando se persuade a la gente de que el hombre no es otra cosa que un <mono desnudo>, que no es sino una red de impulsos, simple producto de las condiciones de producción, entonces se está minando su orientación originaria hacia el sentido (...) Si, por el contrario, tomo al hombre como debe ser, le estoy dando posibilidades de ser lo que él puede llegar a ser. Estoy movilizándolo su auténtico potencial humano”².*

Desde esta perspectiva, ni la educación ni el proceso educativo pueden plantearse en términos reduccionistas: no se trata de adoctrinar, tampoco de troquelar la personalidad del alumno; ni tan siquiera se trata –sólo- de instruirlo. Se trata de guiarlo para que tome conciencia, por sí mismo, de sus necesidades y de sus inquietudes, e intente responder a ellas a la vez que va desarrollando –en todos los órdenes que le son propios en cuanto que ser humano individual- sus capacidades y talentos.

El verdadero protagonista de ese proceso es, por tanto, el educando³. Sin éste y sin su compromiso, cualquier planteamiento de la educación está destinado de antemano a fracasar. De ahí que se pueda decir, en mi opinión, que un proyecto educativo debe marcar los cauces de lo que podríamos llamar “diálogo educativo”. Se trata de un

² FRANKL, V. *Búsqueda de Dios y sentido de la vida*. Herder, Barcelona, 2005, pp. 83-85.

³ Como veremos más adelante, en realidad este término no se refiere sólo al alumno. Para que el proceso educativo sea fructífero, también el profesor debe tomarse a sí mismo como “educando”. En el fondo, aunque en un sentido muy real, la tarea del educador comienza con uno mismo.

diálogo muy particular pues no se da entre “iguales”: profesor y alumno tienen diferentes responsabilidades y, para el cumplimiento de estas, cuentan con distintos medios. Pero sí se da entre “semejantes”, entre personas que –aunque con circunstancias, intereses, curiosidades y experiencias concretas muchas veces diversos– también tienen, en el fondo y en cuanto que seres humanos, similares aspiraciones últimas.

Una justa concepción del hombre y una equilibrada concepción de la educación y del proceso educativo son, en definitiva, las bases sobre las que se ha de asentar cualquier proyecto educativo. Y a partir de estas es como vamos a intentar perfilar nuestra propuesta en el ámbito universitario.

2. Apuntes sobre la misión de la Universidad:

2.1. Una definición...

Lo que hemos afirmado de la educación en general debe ser especificado en el caso de la educación universitaria. Tampoco esta es una labor sencilla. De hecho, de la Universidad y de su misión se han dado múltiples caracterizaciones.

De entre todas ellas, nos parece especialmente apropiada (por su precisión y por su concordancia con los presupuestos que hemos asumido) la que ha propuesto el profesor Agustín Basave. Dice así: *“La Universidad es la corporación de estudiantes y profesores que, por la docencia y la investigación, se ordena a (la búsqueda) y la contemplación de la verdad, a la unidad orgánica del conocimiento, al cumplimiento de las vocaciones personales y a la preparación de profesionales necesarios para la realización del bien común”*⁴.

2.2. ...y sus implicaciones:

Intentemos profundizar en la definición citada para extraer algunas conclusiones. De lo afirmado se sigue que la universidad es, en primer lugar, una corporación viva, una especie de “organismo” compuesto de partes y miembros distintos (estudiantes,

⁴ BASAVE, A. “Estructura y misión de la Universidad. Bases para una reforma universitaria integral”, en *La Universidad ante el quinto centenario*. Actas del Congreso Internacional de Universidades, Editorial Complutense, Madrid, 1992, pág. 461.

profesores, personal de administración y servicios), que conforman, no obstante, una “unidad” (la “unidad de lo diverso”).

En cuanto tal, la universidad tiene una finalidad primera que le es connatural y que da razón de su origen: la búsqueda y contemplación de la verdad por parte de aquellos que la constituyen. La verdad, en efecto, no es algo con respecto a lo cual el hombre pueda mostrarse indiferente, algo a lo que pueda renunciar radicalmente. Lo quiera o no, la verdad (en sus múltiples aspectos y dimensiones particulares) gobierna su conducta, sólo en ella puede descansar y gozar su espíritu, y sobre ella cimentar en libertad una vida “lograda”.

Conocer la verdad, sin embargo, no siempre es fácil. El camino es a menudo tortuoso y está lleno de obstáculos: es imposible recorrerlo solo. La verdad tiene, además, un carácter “sinfónico”. De ahí que sea necesaria la cooperación de toda la comunidad universitaria, en la investigación y en la docencia, y la integración –vital y orgánica- de todos los grados y de todas las áreas del saber científico. En este sentido, “universidad significa de suyo *universalidad*. Y por eso, las enfermedades que pueden debilitar internamente a la Universidad revisten siempre la forma de una *des-universalización*”⁵ referida a los que la integran y/o a las ciencias que en ellas se investigan e imparten.

Por otra parte, si la educación universitaria pretende ser una educación integral, no podrá desatender ninguna de las facultades y dimensiones estructurales del hombre. El hombre no es sólo razón, también es sensibilidad, voluntad y “corazón”. Una verdadera educación universitaria atenderá, por tanto, tanto al dinamismo cognoscitivo del educando como a su dinamismo volitivo. Habrá, pues, una educación de los sentidos y de la inteligencia y una educación de la voluntad; o, si no se quiere emplear un lenguaje clásico que implica una psicología de las facultades (con la que, no obstante, es perfectamente compatible), una educación del hombre en sus tres “esferas de actividad”: conocer, querer y amar. No basta, por tanto, con cultivar nuestras facultades cognoscitivas, también hay que formar “buenas voluntades” (voluntades rectas y firmes, capaces de adherirse al bien y realizarlo) y “corazones” cálidos y equilibrados apasionados con la verdad pero también con el bien y la belleza.

Por último, parece claro que la Universidad no ha de orientarse sólo al cumplimiento de las vocaciones de los que la integran, de sus inquietudes y aspiraciones

⁵ LLANO, A. *El futuro de la libertad*. Eunsa, Pamplona, 1985, pág. 137.

personales y profesionales; es indisoluble de la sociedad (ha surgido de esta y en ella se enraíza) y la sociedad es imprescindible para el hombre. Por eso, tiene también la educación universitaria una insoslayable dimensión social de especial trascendencia, que en modo alguno es incompatible con su carácter personalista.

Como ha dicho Jacques Maritain, la educación del futuro, en particular – añadimos nosotros- la educación universitaria, “*deberá desarrollar a la vez el sentido de la libertad y el sentido de la responsabilidad, el de los derechos humanos y el de las obligaciones, el valor para tomar los riesgos que sean precisos y para ejercer la autoridad en pro del bien común y, al mismo tiempo, el respeto por la humanidad en cada persona individual*”⁶.

3. Sentido y misión de la Universidad católica:

3.1. Lo genérico...

Históricamente, por su origen y concepción, la primera universidad fue una universidad “católica”. O dicho de otro modo quizás más preciso: el seno en el que fue concebida y engendrada y el marco en el que la universidad dio sus primeros pasos fueron los propios de una cosmovisión cristiana.

Ciertamente, el sendero recorrido desde entonces ha sido largo y no siempre se ha orientado en la misma dirección: hoy hay, de hecho, muy diferentes modos de concebir la Universidad, plasmados en distintos modelos⁷. Sin embargo, puesto que la raíz es común, se puede afirmar sin temor que una universidad católica no es, en principio, sustancialmente distinta de cualquier otra universidad: también ella, como ha dicho Juan Pablo II, “*se consagra a la investigación, a la enseñanza y a la formación de los estudiantes libremente reunidos con sus maestros y animados todos por el mismo amor del saber*” y comparte “*el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla en todos los campos del conocimiento*”⁸.

⁶ MARITAIN, J. *Pour une philosophie de l'éducation*, op. cit., pp. 873-874.

⁷ Concretamente en el contexto de la Unión Europea, parece que nos orientamos inexorablemente hacia un proceso de convergencia educativa con amplias e importantes consecuencias en todos los planos de la enseñanza superior.

⁸ JUAN PABLO II. *Constitución Apostólica sobre las Universidades católicas “Ex Corde Ecclesiae”*, Introducción, núm. 1. (Disponible en <http://www.vatican.va> [Fecha de consulta 5/3/2011]).

3.2. ...y lo específico:

No obstante, en especial en nuestro tiempo, la Universidad católica está llamada a desempeñar dos tareas específicas que, de alguna manera, la califican. En la edad del progreso científico y tecnológico, en la época del predominio de lo útil, *“la Universidad católica –precisa el Papa- se distingue por su libre búsqueda de toda la verdad acerca de la naturaleza, del hombre y de Dios (...) Mediante una especie de humanismo universal, una universidad católica se dedica por entero a la investigación de todos los aspectos de la verdad en su conexión esencial con la suprema Verdad, que es Dios”*⁹.

Este propósito tiene una consecuencia inmediata en la búsqueda del significado de las cosas, especialmente en relación con los descubrimientos científicos y tecnológicos: garantizar que sean utilizados en beneficio de la persona y de la sociedad, si bien es responsabilidad de toda Universidad, lo es, en particular, y teniendo en cuenta el escepticismo y pragmatismo hoy dominantes, de la Universidad católica. Esta, advierte la Constitución, está llamada a responder de un modo especial a dicha exigencia, pues *“su inspiración cristiana le permite incluir en su búsqueda la dimensión moral, espiritual y religiosa, y valorar las conquistas de la ciencia y de la tecnología en la perspectiva total de la persona humana”*¹⁰.

Además, y esto aún con mayor especificidad, corresponde a la Universidad católica promover al diálogo permanente y fecundo entre la fe y la cultura. En la perspectiva católica, ciertamente, la fe no es ciega o irracional, pretende ser razonable y contribuir al pleno desarrollo humano en armonía y servicio recíproco con la razón. Y desde esa posición, es posible entablar un diálogo con los que no participan de esa fe pero, sin embargo, quieren profundizar en el conocimiento de la verdad y no desdeñan en su búsqueda ninguna vía razonable.

En conclusión, se puede decir que la aspiración última de la Universidad católica será *“formar a todos los estudiantes para que lleguen a ser hombres insignes por el saber, preparados para desempeñar funciones de responsabilidad en la sociedad y testimoniar su fe ante el mundo”*¹¹.

⁹ *Ibíd.*, núm. 4.

¹⁰ *Ibíd.*, núm. 7.

¹¹ *Ibíd.*, núm. 9.

4. Un caso particular: La Universidad Francisco de Vitoria¹²:

4.1. El fin último...

La Universidad Francisco de Vitoria es, y pretende serlo plenamente, una universidad católica. ¿Qué significa esto? Significa, en primer lugar, que su finalidad última es también la “búsqueda libre de toda la verdad” por parte de la comunidad universitaria, unida alrededor de ese objetivo, a la que antes nos referíamos citando la *Ex Corde Ecclesiae*.

Consecuencia de esa misma inspiración es que la Universidad Francisco de Vitoria se presenta a sí misma, igualmente, como una universidad humanista (preocupada por todo lo humano), como una universidad que busca una comprensión total de la realidad (su cómo, su qué y su para qué) y como un motor de renovadas y originales formas de diálogo entre la fe y la razón.

Esa búsqueda, además, quiere ser una búsqueda concreta, realizada desde un modo específico de usar la razón y el corazón, y al mismo tiempo, desde una determinada forma de vivir; y tiene como motivación un interés personal por el hombre y su bien último. Se trata de buscar la verdad del hombre a partir del planteamiento de las preguntas más hondas que todos llevamos inscritas en nuestra naturaleza: ¿quién soy, de dónde vengo, a dónde voy?, ¿soy capaz de verdad, cómo y para qué?, ¿qué tipo de persona quiero ser en la vida?, ¿cómo he de obrar?, ¿tiene sentido amar, sufrir, ser honrado en mi profesión y desarrollar esta con un espíritu de servicio? Son preguntas que ensanchan los horizontes de la razón (cuestiones antropológicas, epistemológicas, éticas y existenciales), y que nos ponen en la tesitura de repensar nuestra universidad, nuestras asignaturas, nuestro quehacer docente, nuestra propia vida. Y lo hacemos así, apoyados en el convencimiento de que de las respuestas a esas preguntas depende en última instancia la felicidad real de cada ser humano.

El hombre, en efecto, *”es creado para la libertad. Ella le es dada para encontrar un fin en su vida, para conocer la verdad, buscar el bien, realizarse en el amor”*¹³. Esas cuestiones son, por tanto, genuinamente humanas: pertenecen tanto a la

¹² Tomamos como referencia para este punto el Documento *Nuestra misión hoy*. Se trata de una reflexión que, por un lado, integra los contenidos del “Ideario de las Universidades del <Regnum Christi>” y, por el otro, los aplica a las circunstancias espacio-temporales en las que se inserta esta Universidad. La versión en la que nos basamos es la de Septiembre de 2008.

¹³ *Nuestra misión hoy, op. cit.*, pp. 11-12.

cabeza del hombre (nos orientan hacia una verdadera sabiduría) como a su corazón (generan una verdadera convivencia). De hecho, la inteligencia del hombre busca siempre luz para caminar, el corazón le impulsa a proseguir esa búsqueda hasta que culmine en la verdad; y es la Verdad, la que nos da la libertad final a la que todos aspiramos.

Pero también, precisamente por su especificidad humana, son esas preguntas profundamente universitarias: comprometen e interpelan a todo el ser humano y a todos los hombres, y deben estar, por tanto, en el fondo de cada disciplina de conocimiento o asignatura, determinando, a la vez, el hecho de que estas se impartan a través de una relación humana entre el formador y el formando, y de una implicación personal en el camino común que *“dignifica el quehacer universitario y es el cimiento para la comunidad universitaria que se busca crear”*¹⁴, una *“comunidad en auténtica ebullición intelectual, cordial y operativa”*¹⁵.

4.2. ...aquí y ahora:

Desde un punto de vista complementario, esta finalidad puede ser perfilada aún más en clave histórica. En efecto, frente a la “crisis de sentido” que asola las sociedades occidentales, y en medio de una barahúnda de datos y hechos incapaces de explicarse a sí mismos y de una razón degradada hasta un orden puramente instrumental, el reto de una universidad católica, hoy, debe ser recuperar la dimensión sapiencial de la inteligencia en la búsqueda de la verdad y del sentido último de la vida.

En medio, además, del creciente secularismo y la dispersión y fragmentación de los saberes, generadores de nuevas formas de pobreza espiritual que el bienestar material no es capaz de solventar, la Universidad Francisco de Vitoria quiere ser, sin duda, “hija de su tiempo”, pero también “conciencia crítica” de ese tiempo. Quiere proponer a sus alumnos una “síntesis de saberes” que les lleve a la creatividad profunda que es patrimonio de la verdadera sabiduría; busca para ellos no sólo la excelencia en la transmisión de conocimientos y habilidades, y en la adquisición de competencias profesionales, sino una formación integral y personalizada que les permita llegar a ser *“personas sabias, virtuosas y espiritualmente despiertas”*, capaces de integrar *“la vida*

¹⁴ *Ibíd.*, pág. 35.

¹⁵ *Ibíd.*, pág. 31.

intelectual con hábitos del corazón y una vida recta”¹⁶, éticamente responsables, maduramente libres y dispuestas al servicio de la sociedad en la construcción de un nuevo humanismo y de una civilización del amor.

En definitiva, la Universidad Francisco de Vitoria quiere revitalizar el tiempo en el que vive y la sociedad a la que pertenece mediante el injerto de fundamentos más sólidos y verdaderos, engendrar en todas y cada uno de las personas que tengan algún tipo de relación con ella una vida renovada y una verdadera libertad, o –como su lema, *Vince in bono malum*, busca reflejar- “*hacer algo por cambiar las cosas en una sociedad que lo necesita con el amor de Cristo, que ha cambiado nuestras vidas*”¹⁷.

4.3. Y los medios:

¿Cómo llevar a cabo este ambicioso propósito, que corresponde en realidad a toda Universidad católica que quiera estar a la altura de su tiempo y de su fe? En concreto, para la formación humana, social, espiritual y moral de sus alumnos, la Universidad Francisco de Vitoria pone a su disposición múltiples servicios y departamentos: Asesorías Académicas, Acción Social, Actividades Culturales, Pastoral...

En este breve estudio nos interesa resaltar, sin embargo, los medios que buscan atender al objetivo de formación integral. En este sentido, ya hemos mencionado como presupuesto la necesidad de una nueva “síntesis de saberes” capaz de penetrar hasta el fondo de las cuestiones y de proporcionarnos una verdadera sabiduría. Esa síntesis, se lee en el documento “Nuestra misión hoy”, “*no consiste en un mero resumen de todo lo que se sabe, sino en una auténtica apertura a un principio integrador: algo profundo hacia lo que apunta toda parcela de conocimiento*”. En efecto, “*en el fondo de todo saber parcial está la aspiración al saber último, al sentido de todo lo que se sabe. La síntesis de la sabiduría se hace escarbando. Escarbar hasta ver que las preguntas del propio corazón encuentran algún eco en el fondo de cada asignatura*”. De este modo, “*la síntesis se logra en el corazón del buscador*”, y no a través de una estrategia sino de un método que no consiste en otra cosa sino en “*una actitud de fondo que dignifica al profesor y al alumno*”¹⁸.

¹⁶ *Ibíd.*, pág. 35.

¹⁷ *Ibíd.*, pág. 40.

¹⁸ *Ibíd.*, pág. 24.

En cuanto que seres humanos, ambos recorren en realidad el mismo camino y son interpelados, en última instancia, por las mismas preguntas e inquietudes. Pero además, desde una perspectiva que concibe el conocimiento, la virtud y la fe como un todo integrado, la necesaria relación interpersonal que se establezca entre ellos a través de su mutua implicación habrá de abarcar, por tanto, no sólo un diálogo respecto de los aspectos teóricos de cada asignatura sino, igualmente, tratar de sus consecuencias prácticas y, en general, de lo que constituye una “vida buena y lograda”.

El diálogo del que hablamos, en realidad ha de generalizarse pues no se refiere sólo a la relación entre alumno y profesor sino que incluye, en trazos más amplios, la relación entre la fe (propia de una Universidad católica) y la cultura dominante en nuestra sociedad y cuya mentalidad inspira a menudo la conciencia de sus miembros. Sea como fuere, habida cuenta de la temática y de los interlocutores, ese diálogo en modo alguno puede ser tibio o superficial. Sólo un diálogo desde la provocación respetuosa y racional, desde el interés por el verdadero bien (del hombre y de la sociedad) conseguirá el único interés posible, el del sentido de lo que pasa, el “*interés auténtico por la humanidad profunda que todos llevamos dentro*”¹⁹.

En el ámbito interno y concreto de la Universidad Francisco de Vitoria, el objetivo último es servir a los estudiantes proporcionándoles no sólo los conocimientos de su carrera sino una formación que les permita tomar “*el liderazgo en el foro público del siglo XXI*”, de manera que, “*comprometidos, competentes y guiados por un carácter y una conciencia bien formados, estén preparados para el servicio en las sociedades y las familias en las que viven*”²⁰. A este respecto, la formación humanística desempeña un papel crucial y de ella vamos a tratar ahora. Todo lo que digamos, creemos que se puede generalizar –al menos en forma de propuesta- para la Universidad católica que nuestra época necesita.

5. La Formación Humanística:

En un artículo publicado en la prensa española hace ya algunos años y acogido con admiración por parte de la opinión pública, don Pedro Laín Entralgo reclamaba con urgencia a nuestras universidades que no se conformaran con transmitir los saberes, forjar buenos profesionales e investigar, sino que pusieran especial énfasis en la

¹⁹ *Ibíd.*, pág. 36.

²⁰ *Ibíd.*, pág. 39.

formación de “hombres cultos”. Con esta expresión quería designar a los *“hombres capaces de dar razón de lo que son y de lo que es el mundo en que viven”*²¹. Para ello, venía a decir, se requiere de una sólida formación humanística que debiera iniciarse ya en la enseñanza secundaria (con lo que denominaba un “humanismo básico”) y ser más adelante completada en la enseñanza universitaria (con un “humanismo superior o <por intensión>”).

El contenido de su propuesta, por lo demás, se articulaba en una serie de interrogantes a los que el alumno debería ser capaz de responder con una mínima precisión y que, referidos a las diversas áreas de conocimiento, planteaban respecto de los objetos de estudio de aquellas no sólo el “qué” y el “cómo”, sino también el “por qué” y el “para qué”.

Como hemos podido comprobar, también la Universidad Francisco de Vitoria está convencida de la necesidad de la formación humanística, interpretada no como algo complementario sino como eje y “fondo último” de las distintas asignaturas, y, en general, de la educación de sus alumnos. *“Una universidad cristiana –afirma el Documento de Misión de un modo que se asemeja en buena medida a la idea de Entralgo- no aceptará menos que una comprensión total de la realidad. No contenta con el qué de las cosas, lucha con el porqué de las mismas; no contenta con saber el cómo quiere averiguar el para qué (...). La universidad cristiana no puede eludir las arduas preguntas del significado de todo. Por lo tanto, la teología y la filosofía, las ciencias del significado, se hallan en el corazón de la universidad cristiana”*²².

La presencia de la “formación humanística” en la universidad ha de manifestarse en primer lugar, de forma explícita y concreta, en el plano de los contenidos y de los Programas que en ella se imparten; en particular, en la Universidad Francisco de Vitoria, un intenso “Plan de Formación Humanística”, centrado sobre todo en las “ciencias del significado”, atraviesa los Planes de Estudio de todas y cada una de las carreras, pretende animar y dotar de dinamismo y “humanidad” al resto de las asignaturas, y busca cohesionar, estructurar y sostener toda la labor de las diversas áreas que en la Universidad se dedican a la formación integral (Asesorías Académicas, Acción Social, Actividades culturales etc.).

Sin embargo, la inspiración “humanística” fruto de la mutua promoción liberadora que se prestan razón y fe, y que es específica de una universidad católica, no

²¹ LAÍN ENTRALGO, P. “Formación Humanística”, en *Diario ABC*, 19 de Julio de 1996.

²² *Nuestra misión hoy, op. cit.*, pág. 15.

puede quedar restringida en ese nivel sino que ha de estar presente en el trasfondo de todas y cada una de las asignaturas e incluir asimismo el plano metodológico. En este sentido, por ejemplo, todos los profesores de la Universidad Francisco de Vitoria están llamados a acoger en su propio quehacer vital y profesional las preguntas que más nos interpelan y comprometen como seres humanos (las preguntas por la verdad del hombre, del mundo y de Dios), así como a plasmar su búsqueda en el día a día de sus respectivas asignaturas, acompañando al alumno en el camino existencial que es común a ambos y que, cada uno desde su particular responsabilidad y misión, y también desde sus circunstancias y convicciones personales, pueden recorrer no obstante juntos. Terminemos con una reflexión referida a ellos.

6. ANEXO: “Retrato” del profesor de Formación Humanística en la Universidad católica del S. XXI

A estas alturas, ya podemos esbozar un retrato del profesor de Formación Humanística que creemos debe estar presente en las universidades católicas actuales. A grandes trazos, podría sintetizarse ese boceto en las siguientes líneas:

a) Ha de tener siempre presente el fin último de la educación (el pleno desenvolvimiento del educando en cuanto que persona humana) así como los objetivos con los que la asignatura que se imparte pretende contribuir a la consecución de ese fin.

b) Ha de ser consciente en todo momento, sin embargo, de que no educamos hombres, es decir, naturalezas puras, sino personas concretas e individuales, con sus circunstancias y sus inquietudes particulares.

c) Si de lo que se trata, además, es de contribuir a la formación integral del alumno y a la coherencia entre su forma de pensar y su modo de vivir, es necesario saber transitar, tanto desde el punto de vista metodológico como desde el de los contenidos, de los temas abstractos y teóricos a los problemas personales y concretos, de la teoría a la praxis, de la mente al corazón, de las ideas a la vida.

d) El hombre es una unidad. El verdadero educador, por tanto, -mucho más aún el que imparte materias de formación humanística- no busca educar sólo la inteligencia, también educa la sensibilidad, la voluntad y la afectividad.

e) El fin último del profesor es, en realidad, similar al del alumno: alcanzar la sabiduría, es decir, plantear con seriedad y rigor las preguntas por el sentido último de las cosas, sobre todo la cuestión relativa a la verdad del propio hombre, para intentar

descubrir la respuesta y vivir de acuerdo con esta. En ese sentido, ambos comparten el mismo camino y deben implicarse conjunta y personalmente en su recorrido, conscientes del carácter sinfónico y dialógico de esa búsqueda.

f) El profesor ha de vivir su tarea educativa desde la convicción de que, en todos los órdenes, la fe es la mejor aliada de la razón y no su enemiga. Por sí sola, la razón es capaz de captar fragmentos de sentido, pero estos sólo adquieren coherencia global en el marco iluminador y vital de la fe.

g) Es necesario tomar conciencia, por otra parte, de que el profesor de formación humanística no es tanto un “comunicador de ideas verdaderas” cuanto un “testigo vivo de la verdad”. En el fondo, por tanto, la primera y fundamental tarea del docente resulta ser uno mismo, la propia formación en todos los planos citados. No se puede dar de lo que no se tiene.

h) Y, por último, el verdadero profesor (el que vive en la verdad de su limitada condición pero también es consciente de la eficacia de la gracia divina) nunca debe olvidar que educar consiste más en sembrar que en cosechar y, que, en todo caso, el destino último de cada ser humano se decide en la relación íntima y personal del hombre con Dios, y en la opción fundamental que, de un modo absolutamente libre e inviolable, el educando tome.

BIBLIOGRAFÍA

- .- BASAVE, A. “Estructura y misión de la Universidad. Bases para una reforma universitaria integral”, en *La Universidad ante el quinto centenario*. Actas del Congreso Internacional de Universidades, Editorial Complutense, Madrid, 1992.
- .- FRANKL, V. *Búsqueda de Dios y sentido de la vida*. Herder, Barcelona, 2005.
- .- JUAN PABLO II. *Constitución Apostólica sobre las Universidades católicas “Ex Corde Ecclesiae”*. (Disponible en <http://www.vatican.va> [Fecha de consulta 5/3/2011]).
- .- LAÍN ENTRALGO, P. “Formación Humanística”, en *Diario ABC*, 19 de Julio de 1996.
- .- LLANO, A. *El futuro de la libertad*. Eunsa, Pamplona, 1985.
- .- MARITAIN, J. *Pour une philosophie de l'éducation*, en *Oeuvres complètes de Jacques et Raissa Maritain*, Vol. VII, Études Universitaires, Fribourg, 1988.
- .- Universidad Francisco de Vitoria (UFV). *Nuestra misión hoy* (en prensa).